

PROFUNDIZACIÓN - «¿QUIÉN ERES TÚ QUE LLENAS MI CORAZÓN DE TU AUSENCIA?»

«Gracias a la grieta que hay en ti puedes encontrar un amigo verdadero que pueda estar a la altura de lo que sientes como más problemático, más incomprensible, más misterioso, más irresuelto en tu vida. Amigo es aquel que te conoce mejor que tú mismo. [...] Te permite por fin mirar tu grieta con simpatía» (Triduo GS – Introducción 2). ¡Cuántas grietas se abren ante el cansancio de los últimos días del curso! Pueden ser la ocasión para descubrir quién es un amigo, quién tiene una mirada hacia nosotros como la que describe esta profesora respecto a uno de sus alumnos: «Más allá de las apariencias, mostraba un deseo más grande, aunque a veces tratara de sofocarlo».

En estos últimos días de clase, ¿hemos encontrado un amigo así?

Este año he empezado a dar clase en una escuela estatal, un instituto técnico y profesional. Una de mis clases, la primera, es muy difícil. Son muchos chicos, todos varones, muchos extranjeros, varios repetidores y muchos de ellos viven situaciones complicadas. Desde principio de curso, el trabajo en clase ha resultado tan duro que varios compañeros lo han dado por imposible; la queja y el malestar predominan habitualmente en los comentarios y valoraciones. Muchas veces, yo también me he visto determinada por una sensación de fracaso respecto al resultado de mi trabajo y aplastada por el agotamiento.

Sin embargo, justo en los momentos más fatigosos y cada vez más a lo largo del curso, se ha abierto paso en mí esta pregunta, como una hipótesis: ¿y si, en vez de esperar yo algo de ellos, precisamente estos chicos y estos compañeros me son dados para que yo pueda aprender algo? ¿Y si me son dados para que cambie algo en mí? ¡En ese caso no hay día en que no se pueda volver a empezar! La herida por esa sensación de impotencia y el ansia por que esos chicos puedan conocer algo más grande permanecen, pero la medida de mi proyecto ha sido barrida. Lo que está en juego y lo que puede suceder es más grande que la idea con que yo entro en clase, y que puntualmente se me desmonta.

Cuento uno de los episodios en que se ha hecho evidente que lo que sucedía era más de lo que yo podía imaginar. Llevaba tiempo notando que uno de los alumnos más difíciles, de esos que marcan el clima de la clase, que retrasan el ritmo de los demás, repetidor, empezaba a mostrar casi docilidad conmigo. En cierto modo se había dado cuenta de que él me importaba, así que empezó a esperarme, esperaba mi mirada. Más allá de las apariencias, mostraba un deseo más grande, aunque a veces tratara de sofocarlo. En enero tuve una reunión con sus padres y entre lágrimas me dijeron: «Profesora, este hijo sigue igual que el año pasado, va fatal, se comporta mal, ¡ya no sabemos qué hacer con él!». Efectivamente, en clase también iba muy mal y probablemente tendría que volver a repetir, ¡pero eso no podía ser todo respecto a él! Aunque tuviera que volver a repetir, ¿qué podíamos saber de lo que sería de él en los meses siguientes? Teníamos todo el curso por delante, y en juego estaba mucho más que pasar de curso o no. Aunque solo lograra descubrir una única pasión o decidiera estudiar solo una asignatura, ¡sería un grandísimo paso en su camino! Así, aparte de una serie de consejos prácticos sobre mi asignatura, me descubrí hablándoles de esta esperanza, justamente porque merecía la pena apostar por su corazón y porque en la realidad hay un bien y una belleza que se pueden reconocer para volver a empezar.

Debo decir que nunca imaginé que esos padres, a los que encontré tan descorazonados, »

» se fiarían y aceptarían el desafío hasta el punto de hablar con su hijo y proponerle volver a empezar, apuntándole a un centro de ayuda al estudio por las tardes. Tampoco había imaginado que él aceptaría. Ahora, cuando entro en esa clase, me espera en el pasillo para enseñarme su cuaderno: «¡Profe, mire! ¡He hecho los esquemas como nos ha dicho, y he hecho los deberes!» (¡toda una novedad en él!).

Muchos colegas no se habían dado cuenta de esto, pero cuando salió a colación en las conversaciones durante una reunión, la reacción general me descolocó. Parecía que nada de lo que estaba pasando tuviera valor respecto a la situación general ni al historial académico del alumno, como si fuera algo demasiado pequeño y frágil. No conseguían entender... Esta incompreensión me hirió, pero sobre todo me he dado cuenta de que si uno no ve hechos como este, al final prevalece la frustración por una circunstancia que nos desafía tanto y que nunca se corresponde con nuestro proyecto.

Provocada por ellos, tuve que volver a preguntarme qué había pasado... ¿Qué es lo que he visto? Un chico que vuelve a comenzar y que ha empezado a hacer algo grande: libre de cualquier medida, ha empezado a quererse a sí mismo porque ha empezado a sentirse querido.